

ponde, por su parte, la realización de las «grandiosas ilusiones/ La libertad, la gloria y el progreso» (66):

¡Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos...! (66)

.....
¡La Patria!, en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
¡Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante,
La inmensa copa a las naciones tiende! (69)

Los últimos versos subrayan las pretensiones del proyecto liberal:

¡Aquí va a realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos
La más bella visión de las visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones! (70)

Los poemas de Andrade desarrollan, así, una didáctica patriótica en la que inmigración y cristianismo deben combinarse para garantizar el éxito del destino de la república. Notoriamente, en su exaltación del liberalismo entrerriano, Gerchunoff prefirió no ver en Andrade al cantor de la «raza latina» y de las civilizaciones cristianas sino más bien al representante de «esa vocación de vida espiritual, hoy difundida en la populosa clase media» que encarna «en el país el idealismo cívico, con una concepción continental» (50), al «hombre urbano» que «encarna en la provincia los fáciles postulados del liberalismo, antidogmático, popularista, impregnado de los conceptos de amplitud humana» (45). Andrade fue, para el autor de *Los gauchos judíos*, el heredero del liberalismo de Mayo; a propósito señaló: «Procedía sentimentalmente de la generación fundadora de la nacionalidad» (50). Su apoyo a la opción ideológica a la que este autor sirvió, aparece claramente remarcada en su juicio concluyente: «Fue el poeta de nuestra civilidad y de nuestra aspiración a la sociedad democrática» (52).

La apelación a Andrade, luego de casi cuarenta años de interrupción de una fidelidad provincial a la que en 1910 había sido tan afecto por motivos

personales y estratégicos, no se debe atribuir ya, claro está, a una necesidad de reconocimiento; tampoco resiste una lectura desde los parámetros de un brote tardío de nostalgia. ¿Cuáles son, entonces, las motivaciones que soportan esta elección por parte de un intelectual judío-argentino tan pendiente de la cuestión nacional? Las respuestas parecen provenir del campo del poder. Si se repasa con atención el marco a partir del que Gerchunoff habla de Andrade en *Entre Ríos, mi país* no es difícil advertir que el texto es, explícitamente, un alegato en contra de la política de Perón y el peronismo del momento. Hacia 1950, su discurso tiene que ver, en consecuencia, con el emplazamiento de un artefacto simbólico capaz de desafiar el orden político contemporáneo.

Partiendo de la clásica oposición civilización-barbarie, Gerchunoff se pregunta por la significación de los políticos liberales argentinos y responde: «Mitre, Sarmiento, López son los antigauchos, antimontoneros, que aspiran a fijar al país un régimen estable, dignificador y susceptible de perfectibilidad» (48). Gerchunoff fija en Rosas el antecedente nacional de lo que él llamó por esos días «la crisis de las ideas democráticas» (86) cuya manifestación más notoria es «el resurgimiento del nacionalismo agresivo, el retorno a los gobiernos personales» (86). El autor tenía presente, claro está, la situación internacional, pero sus cuestionamientos vuelven siempre a problemáticas locales: «¿Cuál sería la suerte del país, vista en la lejanía del tiempo, si reemplazáramos la democracia por los procedimientos que preconizan sus adversarios?» (86).

Si se recuerda que el gaucho de Gerchunoff es un «criollo trabajador», un «chacarero», debemos leer claramente desde el comienzo de su obra que el gaucho judío es, entre otras cosas, el gaucho del proyecto liberal; que su criollo trabajador es, asimismo, el reverso del bárbaro de Sarmiento: «Después de las guerras de la libertad lo esencial consistía en el desgauchamiento, y en esa misión estaban los enemigos de Rosas, los que le sucedieron y dieron a la Nación coherencia durable, unidad de sentimiento, interna amalgama y uniformidad» (75). Admiradores de Urquiza, el vencedor de Rosas, Andrade y Leguizamón representan, en este contexto, los más firmes valores de ese liberalismo al modo entrerriano que él intentaba restaurar, de ese «Entre Ríos, [que] desde la reacción contra Rosas, se pone al servicio de la política de los hombres que definen la orientación europea, la política del consentimiento de los ciudadanos, de la sanción del pueblo, contra la política brutal y anárquica de la imposición, de la fuerza de mando...» (48)

A «esa crisis de las ideas de libertad y de democracia» (88) encarnadas en el nacionalismo fascista –prolongación histórica de la línea rosista– que